

Una novela desmangada



JUAN JOSÉ BARRIENTOS

En una nota que se publicó al final de su novela sobre Bolívar, García Márquez nos dice que durante muchos años oyó hablar a Álvaro Mutis de su proyecto de escribir un relato del último viaje del Libertador por el río Magdalena y que éste le regaló la idea después de publicar un texto titulado "El último rostro", en el cual un oficial polaco de visita en Cartagena escribe sus impresiones de Bolívar, a quien había visitado en una finca de los alrededores. Nada nos dice García Márquez, por el contrario, de otro relato acerca de los últimos días de Bolívar, *La ceniza del Libertador*, una novela del colombiano Fernando Cruz Kronfly, en la que éste relata precisamente el viaje de Bolívar río abajo. A pesar de esa omisión aparente, *El general en su laberinto* es más el resultado de la reelaboración de la novela de Cruz Kronfly que del relato de Álvaro Mutis. En 1987 Fernando Cruz Kronfly obtuvo el Premio Diana Novedades en México pero nunca recibió la recompensa en metálico debido a que había violado una de las cláusulas de la convocatoria al concurso pues ya había comprometido su texto con la editorial Planeta, en Colombia; la novela de García Márquez apareció en 1989, casi dos años después. Tengo entendido que Fernando Cruz Kronfly supo que García Márquez novelaría el ocaso de Bolívar y se le adelantó; por su parte, García Márquez tuvo tiempo de leer la obra de su compatriota y sabía muy bien que tenía que superarlo.

En la nota mencionada, García Márquez asegura que durante dos años leyó todo lo que pudo sobre su personaje y reconoce que lo ayudaron algunos historiadores no sólo a conseguir libros y documentos sino también a revisar lo que había escrito; por ejemplo, en cierto pasaje Bolívar se comía un mango pero uno de sus asesores le explicó a García Márquez que en esa época no había mangos en este continente, por lo que tuvo que reemplazarlo por guayabas. Y este comentario, en apariencia inocente, es en realidad una aguda crítica a la novela de Cruz Kronfly, en la que alguien le ofrece mangos a Bolívar. De acuerdo con García Márquez, "semejantes disparates" le hubieran agregado "unas gotas de

humor involuntario" a su novela pero en realidad se burla de la de su compatriota, a la que le reprocha un anacronismo; de cualquier modo, a sus lectores nos deja la impresión de que manejó escrupulosamente los datos históricos. Por todo esto, en fin, me parece importante comparar estas novelas no sólo entre sí sino también con las principales biografías de Bolívar.

Desnudo bajando de un pedestal

Tanto García Márquez como Cruz Kronfly establecen un contraste entre el pasado glorioso de su personaje y su miseria presente, entre el esplendor de los recuerdos y la penosa realidad. En el capítulo 37, Cruz Kronfly describe a Bolívar en el retrete, "Desnudo a medias, los pantalones en los tobillos" (p. 271). Desde allí puede ver por una puerta la mesa del comedor con un gran florero en el centro. Y esta mesa es como un pivote. Como en el cine, la cámara gira y ya estamos en otra parte, porque de pronto esa mesa ya no es la de un vapor que se desplaza río abajo sino la mesa de un salón parisino, donde Fanny Aristeguieta se encuentra con Eugenio de Beauharnais. Bolívar baila con ella y habla con Humboldt pero luego se encuentra de nuevo en el retrete. En la novela de García Márquez hay una escena muy parecida pues el sábado 16 de octubre (de 1830) Bolívar se duerme después de las ocho y al levantarse de su hamaca, "contempló por la ventana la plaza solitaria y polvorienta, la iglesia de muros descascarados, y un pleito de gallinas por las piltrafas de un perro muerto" (p. 232). Y, de pronto, se dio cuenta de que "Había vivido ese instante en otro lugar y otro tiempo", trece años antes, cuando fue fusilado el general Manuel Piar, pero las circunstancias son muy distintas porque Bolívar se hallaba en el apogeo de su carrera, decidiendo sobre vidas y muertes, y ahora se encuentra en el ocaso, en una desolada quinta en las afueras de Cartagena. Desde luego, García Márquez no establece este contraste hacia el final de su relato sino desde el principio, aunque de

otro modo, pues Bolívar, siguiendo a un perro que había encontrado durante una caminata, se adentra por unas "callecitas empujadas de casas de adobe con tejados rojos" y "De pronto oyó el grito: ¡Longanizo!" y "No tuvo tiempo de esquivar una bosta de vaca que le arrojaron de algún establo" (pp. 34-35). Madariaga escribe que a principios de mayo de 1830 "Bolívar era muy impopular en Bogotá donde hasta los chicos se mofaban de su desmedrado cuerpo apodándolo Longaniza" (p. 461), y lo que hace García Márquez es magnificar y dramatizar los datos registrados por Madariaga; el apodo brota de pronto de las páginas de su novela y se nos pega en la cara como el estiércol arrojado al Libertador, recordándonos que en vida no estuvo a salvo de los ataques de la plebe ni fue inmune a los estragos de las enfermedades, dando así el tono del relato.

La salida de Bogotá

En general, la novela de García Márquez es más profusa y cumple con "la querida invención de hechos circunstanciales" de que habla Borges en algún texto, mientras que la de Cruz Kronfly es mucho más escueta y apresurada. Ésta comienza, por ejemplo, a orillas del río en que Bolívar se embarca hacia la costa, mientras que *El general* empieza en el momento en que José Palacios, su criado, entra en los aposentos de Bolívar y lo encuentra flotando en su bañera, "desnudo y con los ojos abiertos" (p. 11); el general es visto por el criado, luego el criado es visto por el general, que de pronto se encuentra ante "los ojos azules y diáfanos, el cabello encrespado de color ardilla, la majestad impávida de su mayordomo de todos los días sosteniendo en la mano el pocillo con la infusión de amapolas de goma" (p. 11). El relato de García Márquez es casi un guión cinematográfico; el de Cruz Kronfly es mucho menos visual. Pero volvamos a la partida de Bolívar de Bogotá, a esa expansión diegética respecto a la novela de Cruz Kronfly, para ver cómo se reelaboran los textos de los biógrafos de Bolívar.

De acuerdo con Víctor W. von Hagen, "La noche anterior al día del destierro, nadie pudo dormir. Todos se mantenían alertas, Manuela, vestida con una manta ligera encima, dormitaba cerca de la puerta del general" (p. 282); sin embargo a García Márquez seguramente no le agradó esta escena en que la amante de Bolívar aparece agazapada afuera de su recámara y prefirió introducirla en ésta pues según él "Manuela le leyó durante dos horas" (p. 14), y "El único cambio notable que hizo en los ritos del insomnio aquella noche de vísperas, fue no tomar el baño caliente antes de meterse en la cama" (p. 16) sino al amanecer antes de partir. Por cierto que, acerca de esos días, Madariaga escribe que al partir las tropas venezolanas "Bogotá era ya peligrosa para Bolívar y sus amigos, y el general [Domingo] Caicedo creyó necesario pasar la noche del 7 de mayo de 1830 en casa de Bolívar", así como que "A la mañana siguiente Caicedo presentó a Bolívar un mensaje de despedida firmado por los prohombres civiles, militares y eclesiásticos de la ciudad" (II/ p. 462); desde luego,

Bolívar lo leyó y hondamente conmovido estrechó entre sus brazos al general Caicedo (...), se despidió de él y de los presentes, entre los que había algunas señoras, y montó a caballo. Los ministros del despacho, el cuerpo diplomático, muchos militares y ciudadanos notables, casi todos extranjeros, principalmente los caballerosos ingleses, que entonces abundaban en la capital, acompañaron al Libertador más de dos leguas y algunos fueron hasta Facativá, donde debía pasar la noche (II/p. 462).

Por su parte, Masur escribe que

Al enterarse de su renuncia, una parte del ejército se amotinó y emprendió la marcha hacia Venezuela, mientras los estudiantes en la capital censuraban a Bolívar por lo ocurrido. Había temores de que se intentara una repetición de la noche del 25 de septiembre en que se pretendió asesinarlo. La últi-



ma noche de Bolívar en Bogotá fue de insomnio. El jefe del gobierno y los ministros permanecieron a su lado para impedir todo ataque. El día 8 de mayo, por la mañana, Bolívar salió de Bogotá acompañado de sus ministros, oficiales, diplomáticos y muchos extranjeros. Cuando la caravana desapareció en las nieblas de la meseta, el ministro inglés dijo "Marchó el caballero de Colombia" (p. 561).

Como novelista, García Márquez supo agravar la tristeza que acecha en los párrafos de los biógrafos de Bolívar. Masur habla de tinieblas, y él precisa: "Eran casi las seis. La llovizna milenaria había hecho una pausa, pero el mundo seguía turbio y frío, y la casa tomada por la tropa comenzaba

a exhalar un tufo de cuartel." (p. 39.) Luego, inventa escenas, diálogos, incluso se detiene a describir el abundante desayuno que se sirvió pero que Bolívar ni siquiera probó. Para terminar, reemplaza la frase del diplomático inglés pues éste dice, no delante de la gente sino en un informe que enviaría luego a su gobierno: "El tiempo que le queda le alcanzará a duras penas para llegar a la tumba", que García Márquez tomó seguramente de alguna otra historia.

El viaje por el río

Decidido a superar a Cruz Kronfly, García Márquez no sólo empieza *antes*, y nos relata la salida de Bolívar de Bogotá, sino que además nos entera, por medio del *flash back*, de los acontecimientos que obligaron a Bolívar a dimitir; no contento con esto, nos da otra versión del viaje por el río.

En la novela de Cruz Kronfly, Palacios toca a la puerta del camarote de Bolívar para comunicarle que están pasando por Mompox:

Casas blancas brillantes bañan su sombra en la orilla del río. Sobre la orilla la multitud se agolpa. Su Excelencia sale a cubierta donde la luz abunda como rota basura de sus espejos (...) Y en el borrón de sus sentidos ve, escucha, la apoteosis, el griterío de la multitud que pronuncia su nombre. Toda la población se ha volcado sobre la orilla... Mompox es puerto obligado de la ruta, pero todo indica que esta vez el navío no se habrá de detener ni siquiera en cumplimiento de una escala furtiva (pp. 131-132).

Y en efecto, no se detiene, por lo menos en esta novela. El viaje por el río fue muy rápido, en realidad, pues Bolívar llegó a Turbaco el 25 de mayo, y se sabe que le había escrito a Manuela Sáenz desde Guadalupe el 11 de ese mes, de modo que se debe haber embarcado ese día o al siguiente. Todo el viaje río abajo se hizo en unos diez días. Como quiera que sea, en la novela de García Márquez, Bolívar sí desembarca en Mompox, donde no es recibido por una multitud que lo aclama sino por una lancha que intercepta a los champanes para reclamar pasaportes; las campanas de la iglesia anuncian más tarde su llegada a la desprevenida población —otra crítica sutil a Cruz Kronfly pues qué iba a saber la gente de un pueblo ribereño que Bolívar se iba al destierro como aquél supone. Bolívar se aloja en un colegio, donde recibe la visita del general Lorenzo Cárcamo, personaje ficticio inventado por García Márquez, y se indigesta con unas guayabas que le habían puesto en su cuarto en una totuma y que son las que reemplazaron al mango, me parece.

De acuerdo con García Márquez, Bolívar no sólo se detuvo en Mompox sino también en Zambrano, donde "los esperaba don Cástulo Campillo, llamado el Nene, que tenía en su casa un sancocho costeño en honor del general" (p. 127). Durante el banquete, Bolívar discute con el francés Diocles Atlantique, al que le reprocha lo que ahora llamamos "eurocentrismo". Posteriormente, se asienta que "La selva era menos densa después de Zambrano y los pueblos se hicieron más

alegres y coloridos, y en algunos había músicas callejeras sin alguna causa" (p. 133). "La navegación era más rápida y serena, y el único percance lo ocasionó un buque de vapor del comodoro Elbers que pasó resollando en sentido contrario... *El Libertador*" (p. 134), lo que puede ser un anacronismo y, de ser así, un indicio para el lector, una especie de recordatorio de que se nos cuenta, no lo que pasó sino lo que García Márquez se imagina que pasó. Dije antes que Bolívar llegó a Turbaco el 25 de mayo, y García Márquez escribe que

Habían llegado dos noches antes a Barranca Nueva, término añorado del viaje fluvial, y tuvieron que dormir en un pestilente galpón de bahareque, entre sacos de arroz arrumados y cueros sin curtir, porque no había albergue reservado para ellos ni estaban listas las mulas que habían encargado con tiempo (p. 141).

Más adelante, García Márquez da otras fechas: "El miércoles 16 de junio Bolívar recibió la noticia de que el gobierno había confirmado la pensión vitalicia que le acordó el congreso... El martes 22 recibió el pasaporte para salir del país." (p. 173.) También suministra más detalles y elabora episodios, como la recepción que le organizó a Bolívar el general Montilla.

Personajes adicionales

Además de que la novela de García Márquez empieza antes de que Bolívar se embarque —la mañana en que deja la capital— y el viaje por el río es mucho más circunstanciado que en la novela de Cruz Kronfly, García Márquez no sólo inventa algunos personajes, como el general Lorenzo Cárcamo y el francés Diocles Atlantique, sino que también rescata algunos personajes históricos que Cruz Kronfly había desperdiciado pues por ejemplo anota que en Honda se incorporó al séquito del viajero "el joven capitán Agustín de Iturbide, su edecán mexicano" (p. 79), que solía tocar la guitarra y con el que Bolívar se pasó una noche cantando. De esos personajes, nos ofrece datos curiosos; Iturbide se quedaría unos meses en Bogotá después de la muerte de Bolívar, hasta que su madre logró que lo nombraran secretario de la legación mexicana en Washington, donde pasaría el resto de su vida. A veces, revela aspectos poco conocidos de otros personajes históricos, como el barón de Humboldt, del que un alemán "empezó a contar chistes indecentes sobre su pederastia vergonzante" (p. 103).

Amores y fantasmas

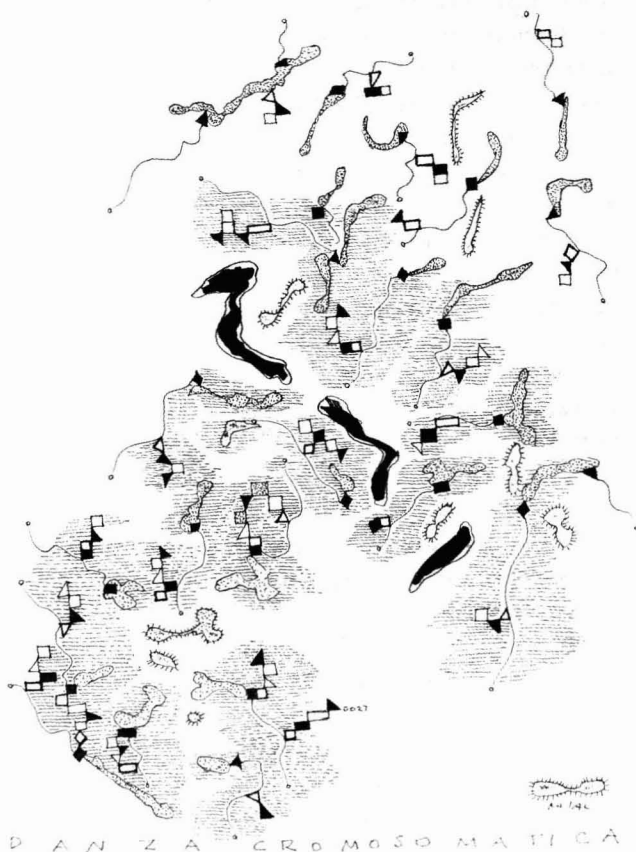
Durante la travesía, Bolívar recuerda a las mujeres que amó o que lo amaron, y es perseguido por éstos y otros fantasmas pero tales recuerdos y alucinaciones tienen forma muy diferente en una y otra novela. En general, en *La ceniza del Libertador* tienen un carácter fragmentario. Bolívar oye un disparo durante el viaje y

reconstruye en el acto su dormitorio, la noche, el mes, la hora exacta. Los pasos de Carujo en las escaleras, los gritos, el tumulto

to en los corredores. Baja un telón iluminado y en él aparece la imagen de Ferguson bañada en sangre. El coronel se dobla de espaldas, rueda por la escalera. Los ojos de Carujo brillan, sus manos todavía sostienen la pistola humeante (p. 144).

Se trata de imágenes que conserva o inventa de la noche del día 25 de septiembre de 1829 cuando trataron de asesinarlo. De igual modo, recuerda, por la fiebre, a Rodil, "ensangrentado, bajo su transparente piel, enseñando los huesos de su esqueleto" (p. 77); es el militar a cargo de la fortaleza de piedra que cuidaba el paso hacia el Callao y en la que los españoles resistieron cuarenta y tantos días de sitio. En los delirios aparecen además Teresa, la esposa de Bolívar, que murió unos meses después de su matrimonio, y Fanny, su amante parisina, lo mismo que Manolita Madroño y Jeanette Hart, "la niña de Connecticut" (p. 81), así como otras mujeres con quienes se le atribuyeron amores. Y también en *El general en su laberinto* Bolívar recuerda pero sus recuerdos no son simples imágenes del pasado sino que hay en ellos una elaboración onírica. Ya mencioné antes cómo recuerda el día en que murió fusilado el general Piar,

un mulato duro de Curazao, de treinta y cinco años y con tantas glorias como el que más en las milicias patriotas, que había puesto a prueba la autoridad del general, cuando el ejército libertador requería como nunca de sus fuerzas unidas para frenar los ímpetus de Morillo (p. 232).



Había sido juzgado de manera sumaria y condenado a muerte por desertión, insurrección y traición. Bolívar se negó a revocar la pena y había de repetir el resto de su vida que la muerte de Piar había sido "una exigencia política que salvó al país, persuadió a los rebeldes y evitó la guerra civil" (p. 234). De acuerdo con García Márquez, el consejo de guerra había estado integrado por "militares amigos de Piar" (p. 234) pero Madariaga asegura que "las lágrimas de Bolívar fueron insinceras" y que "El consejo de guerra fue una parodia de justicia" (1/ p. 554). De cualquier modo, es claro que el fantasma de Piar lo persigue, aunque Bolívar afirme en la novela que volvería a dejarlo morir en el paredón.

Miranda

Aparentemente, Francisco de Miranda es el gran ausente en esta novela pues llama la atención que entre los fantasmas de Bolívar no aparezca el hombre que lo trató con indulgencia cuando perdió Puerto Cabello y al que más tarde entregó a los españoles; la verdad, sin embargo, es que sí aparece pero disfrazado en una especie de sueño que en la novela se confunde con lo real. Bolívar recibe la visita de una mujer "Poco después de la media noche" (p. 83) y en una población que tiene el nombre muy significativo de Honda. Esa mujer (según García Márquez) le había salvado la vida quince años antes cuando se hallaba refugiado en Jamaica pues una noche su conversación lo retuvo, y a la mañana siguiente Bolívar "encontró a su amigo Félix Amestoy, muerto y desangrado en la hamaca donde él hubiera estado" (p. 89).

Es cierto que Bolívar no dormía en su hamaca la noche en que su criado negro, Pío, asesinó al joven Amestoy creyendo que era su amo pero nunca se aclaró exactamente dónde estaba. "Para algunos simplemente dormía en una nueva posada, sin que supieran el hecho ni sus ayudantes ni sus amigos, ni siquiera el criado que le servía personalmente y que intentó darle muerte" (Madariaga: 1/ p. 485); incluso se ha escrito que,

Fuese porque disponía de muy poco espacio, fuese porque su posadera lo molestaba... buscó otro alojamiento y encontró dos cuartos que le gustaban en casa de una francesa (...) Precisamente entonces se produjo uno de esos chaparrones tropicales y el Libertador decidió pasar la noche en su nuevo alojamiento (Masur: p. 220).

Años después, el general Mosquera conoció en Kingston a una mulata, que de mujer galante se había convertido en comadre, a la que llama *madama Juliana*, la cual "nunca olvidó a Bolívar y se vanagloriaba de haberle guarecido aquella noche nefasta" (Cuevas Cancino: p. 183). Madariaga la menciona como "una joven dominicana, Luisa Crober" (p. 485), y el episodio ya había sido trabajado por Ricardo Palma. Como quiera que sea, en la novela de García Márquez esta mujer se convierte en Julia Cobier, "una dominicana hermosa y rica" (p. 88), no faltaba más; sin embargo, la que salva a Bolívar es otra mujer, que no

Menciona ninguno de sus biógrafos y a la que había conocido “durante un almuerzo en casa del comerciante inglés Maxwell Hyslop”, un personaje real que apoyó a Bolívar durante su exilio en Jamaica. Lo importante, de cualquier modo, es que esta mujer se llama Miranda, es decir que tenía como nombre el apellido del precursor (Francisco de Miranda).

Bolívar no había vuelto a ver a su salvadora sino hasta que ésta acude a él para pedirle que le ayude a liberar a su esposo. Todo el episodio es un sueño en el que se mezclan situaciones reales y ficticias. El hecho de que ella acuda a Bolívar cuando éste acaba de dejar el poder es ya algo absurdo. El esposo recuerda, por otra parte, al precursor, entregado a los españoles en agosto de 1812 por Bolívar, pues Francisco de Miranda permaneció prisionero en la fortaleza de La Guaira hasta 1814 y luego fue trasladado a las mazmorras de La Carraca, en Cádiz, donde murió en 1816. Su apellido aparece como nombre de una mujer, a la que Bolívar le debía la vida. Es muy significativo que aparezca en una población llamada *Honda* pues el nombre y el recuerdo borroso —y reprimido— del precursor emergen de lo más profundo del alma de Bolívar.

Al final de su vida Bolívar pudo haber recordado a Piar y asegurar que volvería a dejar que lo fusilaran pero con Miranda la cosa era distinta. Miranda lo había tratado con indulgencia cuando perdió Puerto Cabello, y El Libertador, en cambio, había sido implacable con él y lo había entregado a sus enemigos. Hay quienes pretenden que actuó así por celos, porque no quería que nadie lo opacara. Hizo todo lo posible para que Miranda fuera olvidado. Su recuerdo, por lo tanto, no podía brotar libremente. Era algo muy reprimido: ese prisionero, *por celos*, que debía liberar para complacer a una bella mujer, que en términos junguianos representaría a su propia alma. Como suele ocurrir en los sueños, la mujer lleva el nombre del prisionero, que representa también al propio Bolívar. El episodio contrasta con los recuerdos y alucinaciones del Bolívar de Cruz Kronfly, en los que no hay esa elaboración onírica. (Al parecer, Cruz Kronfly no leyó a Freud.) Es cierto que en la novela el episodio se relata como algo real y que más tarde Bolívar se entera de que la liberación del prisionero ya está por arreglarse, pero en esa forma García Márquez nos está recordando que todo lo que él nos cuenta es una especie de sueño.

En la costa

A diferencia de Cruz Kronfly, que se limitó a relatar el viaje por el río Magdalena, García Márquez le dedica más de la tercera parte de su novela a los cinco o seis meses que Bolívar pasó después en la costa, y este relato se superpone por eso no sólo a “El último rostro”, de Álvaro Mutis, sino también a las notas de Vallarino, un oficial que visitó a Bolívar a mediados de noviembre, cuando se hallaba en La Soledad, una quinta cerca de Barranquilla. En su relato, Mutis transcribe las apócrifas impresiones de un oficial polaco que habló con Bolívar en Cartagena en el mes de julio de 1830, es decir, antes de Vallarino. Era de esperarse por eso que Mutis enriqueciera en alguna forma las escenas que nos dejó Vallarino pero la verdad

es que su relato es más circunspecto. Al ver a Bolívar, al coronel Napierski le sorprende “la desproporción entre su breve talla y la enérgica vivacidad de las facciones” (p. 86) pero sobre todo “las manos delgadas, ahusadas, largas, con uñas almen dradas y pulcramente pulidas, ajenas por completo a una vida de batallas y esfuerzos sobrehumanos...” (p. 87.) Bolívar tose, vomita y expresa su desaliento en esas páginas, llegando a llorar la muerte de Sucre, pero si bien resulta patético, no cae nunca en el ridículo. Por suerte, Vallarino había consignado otros detalles y en sus notas, citadas por Madariaga, recuerda que “Al servirle un poco de lentejas, Bolívar advirtió que estaban cocinadas con aceite y se manifestó enojado con el *cocinero*” (p. 485).

Para García Márquez, un detalle como el que registró Vallarino es de la mayor importancia, porque desacraliza y humaniza más a Bolívar que la tos y el llanto. De acuerdo con su versión, Bolívar llevaba consigo a su cocinera, Fernanda Barriga, quien “tenía la costumbre de ponerle un babero y darle la comida en la cuchara, como a los niños, y él la recibía y la masticaba en silencio, y hasta volvía a abrir la boca cuando terminaba” (p. 216); y esta cocinera es la que tuvo un conflicto con la señora de Molinares, en cuya casa se alojaban, “porque le echaba aceite de oliva a las lentejas, convencida de que era bueno para los males de pecho” (p. 237). De igual modo trabaja García Márquez otros datos de Vallarino, quien menciona que en la sala baja de la casa los esperaban otras personas para jugar malilla y que su esposa “llamó a Molinares con el título de Papá” (pp. 486-487), pues aclara que Molinares había sido arruinado por las guerras, debido a que “lo único que éstas le habían dejado era el cargo de administrador de correos, que desempeñaba sin sueldo desde hacía diez años” y comenta que “Era un hombre tan bondadoso que el general lo llamaba papá” (p. 237).

Madariaga había escrito que “El 24 de octubre, el médico Gasterbond confió a Bolívar que no respondía de su vida si no se mudaba a otro clima” (p. 487), y eso es todo lo que nos dice de ese médico, a quien ni siquiera mencionan otros biógrafos del Libertador, pero García Márquez lo convierte en todo un personaje o por lo menos en una de las comparsas más memorables de su novela. Para empezar, le da un nombre de pila: Hércules; luego, transforma su apellido: “Gasterbond” se vuelve “Gaste/bond”, es decir que lo latiniza de un modo que sugiere a la vez bondad, gastronomía y pastelillos. Además, lo describe como “un anciano ungido por la felicidad, inmenso y plácido, con el cráneo radiante por la calvicie total, y una paciencia de ahogado que por sí sola aliviaba los males ajenos” (p. 218); “fumaba sin reposar unos cigarros de carretero... y se los recetaba a sus enfermos”, asegurando que a los otros médicos se les morían tantos enfermos como a él, “Pero conmigo se mueren más contentos” (p. 218).

Madariaga menciona también que “un español, Don Joaquín de Mier, a instancias de Montilla, había ofrecido a Bolívar su quinta de San Pedro Alejandrino en los alrededores de Santa Marta” (p. 484), así como que “El miércoles 1 de diciembre, a las siete y media de la noche, después de una tra-

vesía buena en sí, pero penosa para él, Bolívar llegó a Santa Marta en el bergantín *Manuel*" (p. 487); debido a su debilidad, "Tuvieron que llevarlo en una silla de mano" (p. 487). Por su parte, García Márquez agrega algunos datos pues aclara que Mier era "un español republicano que era socio del comodoro Elbers" y por eso "le había prometido uno de los buques de vapor que prestaban sus servicios ocasionales en el río Magdalena" (p. 242), promesa que cumplió cuando puso a su disposición el bergantín citado. Además, menciona García Márquez que Montilla "consiguió también que el *Manuel* fuera escoltado por la fragata *Grampus*, de los Estados Unidos" (p. 242). Madariaga nos dice que "Aquella misma noche trajo Montilla al médico francés Alexander Prosper Révérend para que se encargara del enfermo" y que "Al día siguiente, Révérend trajo en consulta al Doctor M. Night, médico naval de la corbeta norteamericana *Grampus*, que diagnosticó catarro pulmonar crónico", mientras que para el francés, Bolívar tenía "los pulmones en mal estado" (p. 487). Hay cierta discrepancia en apariencia, y García Márquez la magnifica. De acuerdo con él, "Révérend estaba convencido de que el general padecía de una lesión pulmonar cuyo origen era un catarro mal cuidado", mientras que "Por el color de la piel y por las fiebres vespertinas, el doctor Night estaba convencido de que era un paludismo crónico" (p. 251). Y agrega con verdadera sorna que los médicos "Coincidían, sin embargo, en la gravedad de su estado" (p. 251).

De acuerdo con Gerhard Masur, uno de sus biógrafos, Bolívar llegó a Santa Marta el 1° de diciembre

y allí conoció a un médico francés que lo atendió hasta el fin. Ya no podía caminar; su voz era ronca y su estado general dejó traslucir la presencia de la muerte. El doctor Révérend diagnosticó su enfermedad como un estado avanzado de tuberculosis y reconoció que no había esperanzas de cura. El doctor Night, que también examinó a Bolívar, cuando llegó, estuvo de acuerdo con la opinión de Révérend (p. 572).

Agrega que "Révérend se dio cuenta pronto de que los remedios eran inútiles y no se los administró más" (p. 572). El personaje de Gastelbondo parece inspirado por esta decisión de Révérend. Por cierto, otro biógrafo de Bolívar, Jorge Campos, explica que "Catarro pulmonar crónico es el diagnóstico en la terminología de la época" de una "Tisis pulmonar llegada a su último grado" (p. 183) y, aunque todos los biógrafos mencionados antes hacen referencia al doctor Night, Campos lo llama "el doctor MacNeight" (p. 183), lo que parece más correcto pero menos simbólico.

En resumidas cuentas, me parece que al comparar *El general en su laberinto* con *La ceniza del Libertador* y "El último rostro", así como con las principales biografías de Bolívar, resalta el humor con que García Márquez recrea los hechos históricos. Su novela responde por eso a una de las principales tendencias de la nueva novela histórica: la de limpiar el pasado de la solemnidad de los discursos oficiales y el tedio de las clases de historia, la de humanizar a los héroes, recordándonos que eran hombres de carne y hueso y

no estatuas de mármol. A diferencia de *I, Claudius*, de Robert Graves, en *El general en su laberinto* no se adopta la perspectiva del principal personaje histórico. Bolívar aquí no cuenta su viaje por el Magdalena rumbo hacia la muerte pero de cualquier modo en la novela lo vemos tras bambalinas y penetramos en su psicología, que era, a fin de cuentas, de lo que se trataba. Además, esa novela nos recuerda que el pasado no es irrevocable sino mucho más blando y maleable que el futuro, porque su novela es un palimpsesto en el que se transparentan muchos otros textos perdidos. ♦

Obras citadas

- Campos, Jorge, *Bolívar*, Salvat, Barcelona, 1985.
 Cruz Kronfly, Fernando, *La ceniza del Libertador*, Planeta, Bogotá, 1987.
 Cuevas Cancino, Francisco, *Bolívar en el tiempo*, El Colegio de México, México, 1980.
 García Márquez, Gabriel, *El general en su laberinto*, Diana, México, 1989.
 Hagen, von Víctor W., *Los amores de Simón Bolívar y Manuela Sáenz*, Diana, México, 1989.
 Madariaga, Salvador de, *Bolívar*, 2 tomos, Espasa Calpe, Madrid, 1979.
 Masur, Gerhard, *Simón Bolívar*, Gandesa, México, 1960.
 Mutis, Álvaro, "El último rostro", en *La mansión de Araucaíma*, Seix Barral, Barcelona, 1978.

